

Fragmento

La venganza del asesino par  
Reyes Calderón



Reyes Calderón



La venganza  
del asesino par

PROPIEDAD DE  
EDITORIAL PLANETA

## PRÓLOGO

---

Sobre el recóndito pabellón D ha caído la noche.

Las luces llevan tiempo apagadas y los ecos remotos van cesando lentamente. Sólo permanece la habitual sinfonía: los gemidos, los llantos ahogados y los gritos histéricos del interno 13B, el que nunca duerme. Nada de esto parece amedrentar a los guardias. De su garita salen aplausos y vítores. Los Red Sox acaban de anotar una nueva carrera, la séptima.

A escasos metros de allí, una sala se ilumina. Dos hombres se sientan en silencio alrededor de una mesa de formica gris. Uno de ellos está esposado de pies y manos. Se diría que ha nacido con cadenas y grilletes, porque parece no notarlos, ocupado en comerse una enorme chocolatina grasienta. Lo hace con fruición y apresuradamente. El segundo hombre le observa sin moverse. Cuando la termina, recoge el envoltorio y lo guarda en el bolsillo de su bata blanca. Después, comprueba el reloj. Ya es la hora.

—La glucosa es buena para el cerebro —susurra.

Habla con una voz suave y melodiosa, lo bastante poderosa para que se oiga por encima del rumor exterior y lo suficientemente sugestiva para envolver el ambiente.

Con movimientos lentos, el interno levanta la barbilla y clava los ojos en el médico. La expresión golosa ha desaparecido por completo de su gesto. Vacila y vuelve a mirar hacia la mesa, al tiempo que se frota el brazo derecho. El pinchazo le ha dolido mucho esta vez.

—¿Está preparado?

Asiente. Cierra los ojos y escucha. Sabe que eso es lo que se espera de él. El médico continúa hablando.

—Estamos entrando en el ascensor. Es un ascensor muy bonito, grande, de cristal y sin techo. Todo queda a la vista. Nada se oculta. Aprieto el botón y comenzamos a ascender. Cada vez se encuentra más relajado. Se siente seguro. No hay amenazas aquí arriba. Y luce un sol precioso. ¿Nota el calor en las mejillas? Es agradable. También lo es la brisa. El aire es limpio y fresco. Huele a hierba. Respire hondo. Sienta cómo la paz lo invade todo. Estamos solos usted y yo. Nos sentamos. Aguardaremos aquí a su amigo. Se está bien en este sitio. Muy bien. Sólo hay tranquilidad, y usted cada vez está más relajado. Su amigo está al llegar. ¿Por qué no lo llama? Dígale que le esperamos. Dígale que queremos oír sus historias, las historias del maestro.

El hombre esposado vuelve a abrir los ojos. Inclina levemente la cabeza, como saludando, y sonrío.

—Gracias por esperarme, doctor. Siento el retraso. Me he entretenido con la nueva misión —dice.

El cambio en el tono de voz resulta sorprendente. Lo que se oye es una voz profunda y extraña; densa, como si emergiera directamente de sus entrañas. Pero al observador le llama mucho más la atención la metamorfosis del rostro. Está fascinado con el fenómeno: el recluso parece haber rejuvenecido de pronto. Lo observa con atención. Sus ojos arden. Su espalda se yergue.

Carraspea para llamar su atención y le dice:

—¿Puede decirme quién es, por favor? Me refiero a su nombre.

El interno le contesta:

—Naturalmente, doctor. La gente me conoce como Rodrigo, el merecedor de alabanza. Pero prefiero que me llame maestro, pues lo soy. ¿Ha oído hablar de mí?

—Por supuesto, Rodrigo. ¿Quién no? Es usted un famoso asesino.

—Y más que lo voy a ser, querido doctor, mucho más...

—¿Más todavía? Ha matado usted a nueve personas.

—No se equivoque, doctor. El número no es tan importan-

te: nueve, doce, treinta y seis..., ¿qué más da? Lo importante es el modo. ¿Cree usted en los crímenes perfectos?

—Nunca he pensado en ello. ¿Qué me aconseja usted? ¿Debo creer en ellos?

—Debería, sí. Cuando lleve a cabo mi nueva misión podrá comprobarlo. Existen, pero deben ser pares.

—¿Pares? ¿Se refiere al número de víctimas?

—¡Por supuesto que no! Las víctimas no son importantes. Me refiero al autor. El asesino de un crimen perfecto debe ser par.

La puerta se abre de improviso y da paso a uno de los guardias. Blande la porra. El médico se asusta y se apresura a aplaudir. El ruido de las palmadas hace que el preso despierte y recupere su gesto habitual. Sorprendido, mira alternativamente al médico y al guardia. Éste se dirige al responsable de aquella transgresión:

—¡Doctor, le hemos advertido cientos de veces que no puede hacer estas cosas! ¡Aquí hay reglas, y éstas dicen que la terapia se hace por la mañana y con luz! Y no lo dicen porque sí. Lo dicen porque, en un descuido, uno de estos malnacidos le va a rebanar el pescuezo y, luego, nos echarán la culpa a nosotros.

—¡Lo siento, Jimmy, no volverá a pasar!

—Más le vale, porque la próxima vez doy parte. ¡Se lo juro por mis muertos! Los internos no pueden estar fuera después de las siete bajo ningún concepto. ¡Y tú, venga, a la celda!

El guardia lo agarra por el brazo y lo levanta de la silla. El preso arrastra las piernas. Las cadenas resuenan en el suelo de cemento pintado de gris. A lo lejos se oyen los gritos histéricos del interno 13B, el que nunca duerme.

Todo parece volver a la normalidad. Aunque las apariencias engañan.

PRIMERA PARTE

—  
LOLA MACHOR

PROPIEDAD DE  
EDITORIAL PLANETA

Cuando abrí los ojos aquella mañana, tenía el convencimiento de que iba a ser un día inolvidable. Hasta los elementos se sumaron: amaneció radiante. Ni una nube. Once grados. La casilla del almanaque llevaba semanas bordeada por círculos concéntricos. Rojos. Como si el hecho de señalar la fecha con rotulador consiguiera meter prisa al tiempo. Porque tenía prisa. Eran tantas las expectativas depositadas en aquel 6 de abril que no podía esperar.

Me levanté canturreando antes de que sonara el despertador. La víspera había planchado el traje oscuro, que pintaba mejor para la ocasión, pero lo dejé colgado y, saltándome todos los cánones, me tapicé de primavera en vez de gravedad judicial: vestido azulón, pendientes largos y tacones de aguja.

En mi imaginación había preparado un gran día. No el mejor (me gusta pensar que ése está por venir), pero sí uno especial, plagado de horas alegres. Para recordar. De hecho, en eso acerté: fue un día del todo singular. Ningún vídeo o fotografía inmortaliza la ocasión, pero lo recuerdo todo: la sensación de vómito en la garganta, la temperatura de la noche, aquellos acordes lejanos, el aroma dulzón del miedo... Puedo reproducir sus trazos y contornos con los ojos cerrados. Creo que los detalles acapararán mis pesadillas por los siglos de los siglos.

—Lola —suele decirme Jaime, mi marido—, te empeñas en controlarlo todo. Haces planes, diseñas estrategias, negocias, pero te dejas el azar.

Es cierto. Suelo extraviar ese factor entre renglones. También aquel día olvidé facturar al destino y a su maldito cabo suelto... No era más que eso, un descosido, una hebra deshilachada, una nimiedad, pero fue suficiente para amargarme aquel día y los sucesivos. Como un beso de león. Por él, mi vida quedó seccionada en dos. Y todo lo que ocurrió hasta ese día simplemente se convirtió en *antes del 6 de abril*.

Recibí el primer zarpazo a eso de las nueve y media, en el pomposamente llamado salón de belleza Dafne, una peluquería mixta de poco más de veinte metros cuadrados situada cerca de mi domicilio. Del impacto, el suelo se agrietó bajo mis pies y empecé a temblar como si fuera una hoja muerta. Pensé que se me reventaba el corazón. «No puede ocurrir nada peor», me dije. ¡Qué equivocada estaba! El día habría de coger carrerilla. No me había recuperado del susto, y ya estaba llegando la siguiente bofetada: en plena línea de flotación. Porque si lo de Jaime resultó un hachazo sordo y terriblemente doloroso, la reaparición de aquel demente consiguió que la sangre se me helara en las venas.

Un antiguo caso. Todos son malos. Pero si la muerte sopla a su vera son mucho peores, porque la vanidad de un asesino no conoce límites. Movería Roma con Santiago con tal de vengarse y salir airoso. Éste se hacía llamar Rodrigo y había matado tanto que ya formaba parte de la negra leyenda de los asesinos en serie. Hasta contaba con página propia en la Red y entrada en Wikipedia. Llevaba dos años bajo siete cerrojos en una prisión federal norteamericana. Era improbable, por no decir imposible, que escapara de aquella celda de tres por dos. Sin embargo, dijera lo que dijera el sentido común, estaba segura de que antes o después volvería. Y no sólo porque los asesinos en serie nunca tienen bastante. Tenía ese convencimiento porque me lo había prometido mirándome a los ojos, con esa extraña voz que parecía salirle de las entrañas. Y que diera señales de vida precisamente el día en que tomaba posesión de mi nuevo cargo, como si me siguiera los pasos, me machacó. Si lograba regresar, no bastaría con unos puntos de sutura (me dieron seis la última



vez) y una buena dosis de tila. Cuando Rodrigo volviera, lo haría como se había ido: pintando de sangre todo lo que tocara.

Confieso que tenía, desde hacía tiempo, el miedo metido en el cuerpo, pero no había compartido aquel sentimiento con nadie, ni siquiera con el inspector Iturri, quizá el único que hubiera podido escucharme sin endosarme un nuevo antidepresivo. Me había resultado imposible. Firmé un extraño pacto de silencio conmigo misma y me guardé la certeza. ¿Desconfianza, obstinación, alguna otra razón incomprensible? No lo sé, aunque el detalle carece de interés. Lo trascendente es que sabía que volveríamos a encontrarnos. Tras escuchar su voz sólo me cupo una duda: el cómo y la forma en que ese cómo me afectaría a mí. Ahora, varios meses después, veo con mayor claridad la solidez de mi argumento. Debía volver (tanto él como yo éramos conscientes de ello) porque el asunto estaba sin cerrar: quedaba un cabo suelto; pequeño, pero definitivo.

Si algo he aprendido en los juzgados es que las historias que cierran en falso no mueren; hibernan. Los ecos de la noticia van atenuándose, sepultados por la siguiente novedad. El expediente se archiva y las capas de polvo hacen labor de mortaja. A los ojos de los profanos, el suceso aparece muerto y enterrado, olvidado. Pero se trata de un cadáver dormido. No sé qué truco de magia negra, qué suerte de encantamiento, le hace despertar de su extenso letargo. Pero sea cual sea la causa, por pintoresca o rocambolesca que parezca, la consecuencia es siempre la misma: lo latente y oxidado renace. Y un buen día asoma. Quizá sólo una esquina, un hilo insignificante... Suficiente, empero. Porque, de pronto, alguien lo detecta y, en un gesto infantil, tira de la hebra con inevitables consecuencias. Y, una vez abierto un boquete, es preceptivo cerrar los asuntos pendientes. No hay salida. La trampa está dispuesta.

Y tu memoria, que nunca olvida, empieza a grabar.